

Música

LA MÚSICA POR DENTRO

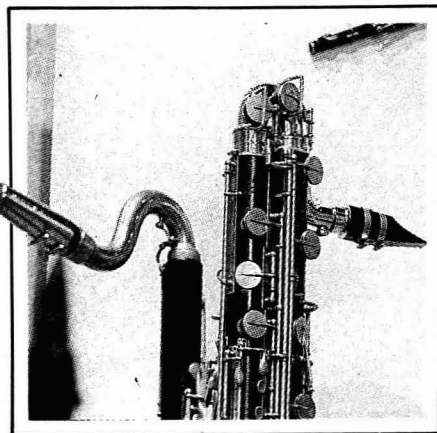
Por Juan Arturo Brennan

En el número de febrero de 1982 de la Revista Universidad de México, este espacio fue dedicado a describir y comentar la interesantísima exhibición de instrumentos musicales de la galería André Mertens del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. En febrero de 1986, a cuatro años de distancia, el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec montó una exhibición temporal de instrumentos musicales bajo el título *La música por dentro*. Por el evidente interés de una exhibición de este tipo, y por sus cualidades claramente didácticas, este espacio es dedicado, una vez más, a la museografía musical, actividad que en nuestro medio no tiene la atención que merece, considerando la riqueza del pasado musical de México.

El enfoque cronológico de la exposición se inicia con lo prehispánico; la predominancia de los ideófonos y la inseparabilidad de los ritos religiosos y la música son enfatizados a través de la presencia del barro, la madera, la piedra, el caracol, la concha, y los instrumentos que de tales materiales nacieron antes de la conquista. Después, la conquista misma y la música en la colonia. Sus antecedentes en la Europa medieval son puestos en el contexto histórico y cultural que les corresponde, y la cronología lleva al visitante hasta el instrumental empleado en el quehacer musical durante la era republicana y el porfiriato. Esta sección de la exposición deja más clara que nunca la profunda influencia de Europa en nuestra música de aquellos tiempos. Según consta en una de las fichas museográficas, la incansable viajera y escritora Madame Calderón de la Barca escribió esta observación sobre el quehacer musical en México, allá por 1840: "Me imagino que debe haber aquí un gran gusto musical, pero sin ser aprovechado. Hay pianos en casi todas las casas."

Si Madame Calderón de la Barca pone el

dedo en una de las más evidentes llagas de nuestro desarrollo musical, menciona también el interés musical que existía hacia la mitad del siglo pasado entre las clases ilustradas de la sociedad mexicana. Y efectivamente, en *La música por dentro* obtenemos alguna información sobre los pianos y otros instrumentos similares, pero es mucho más interesante el encuentro del visitante con todos esos instrumentos que no forman parte de la experiencia visual y sonora del melómano promedio; he aquí la emoción y la sorpresa de hallarse frente a frente con el monocordio, la tromba marina, el orlo, el cotorrito, el rahuere, el archilaúd, el



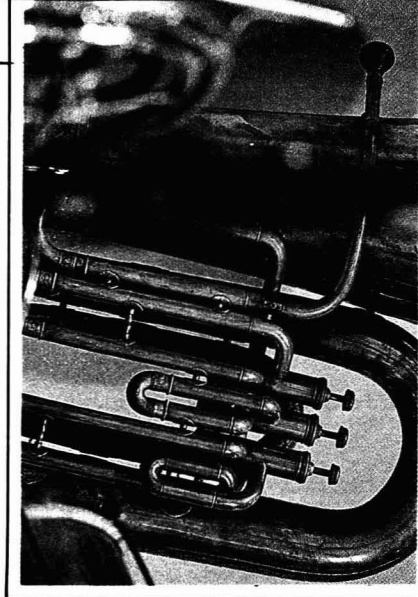
bandolón, y tantos otros instrumentos que nos remiten a regiones ignotas de una posible experiencia musical que es, por lo general, desconocida en nuestro medio. La presencia de estos y muchos otros instrumentos en la exposición habla claramente de un arduo trabajo de preparación, localización y selección de instrumentos, elaboración de fichas, cronologías, que ha sido realizado por Octavio Aranda, Rafael Cervantes, Daniel Guzmán, José Antonio Guzmán, Pilar Leñero, Salvador Rodríguez, Joaquín López y Miguel Zenker. En una larga e interesante conversación, el clavecinista, musicólogo, etnógrafo y compositor José Antonio Guzmán se refiere, entre otras cosas, a la intención museográfica que subyace este proyecto: "En la parte histórica de la exposición, nuestra búsqueda es la de que el mexicano común tome conciencia de que nuestro país es musicalmente muy rico, muy complejo y muy variado, desde periodos tan remotos como el arqueolítico, y con influencias tan diversas como las prehispánicas y las europeas, principalmente las de la península ibérica, y del norte de África. La segunda sección de la exposición se refiere a la construcción, conservación y restauración de instrumentos musicales.

Una vez hecha la toma de conciencia de la herencia musical que tenemos, ¿qué hemos hecho con esta herencia? El descuido, el abandono, la destrucción sistemática. De la gran tradición mexicana de construcción de órganos, teclados y otros instrumentos, queda muy poco; muchos instrumentos valiosísimos han sido convertidos en barras, en mesas de planchar, en tantas otras cosas. Hoy se prefiere un teclado electrónico japonés que un gran órgano tubular barroco. Como consecuencia de estas dos vertientes de la exposición, nuestra idea sería la posible puesta en marcha de un museo dedicado especialmente a los instrumentos musicales, por una parte, y por la otra, implementar dentro de la carrera de restauración, una rama especializada en la conservación y restauración de instrumentos musicales. A este respecto, Daniel Guzmán y Miguel Zenker, que son lauderos, proponen mostrar claramente que siguiendo una serie de prácticas y técnicas constructivas se puede lograr un buen instrumento que cumpla con los requisitos necesarios para una buena práctica musical, y que esas mismas técnicas sean utilizadas para conservar y restaurar el instrumento, y extender al máximo su vida útil."

Esta preocupación conservadora (en el buen sentido) y restauradora de los responsables de la exposición está demostrada desde los principios fundamentales: reconocimiento y selección de las maderas mexicanas e importadas esenciales en la construcción de instrumentos; los principios físicos, geométricos, acústicos y artesanales básicos; la realización y ensamble de las diversas piezas de un instrumento; su acabado. Así, entramos en contacto directo con el taller de un laudero, y los instrumentos de arco que allí se construyen, con sus respectivos arcos, y tenemos una visión del proceso constructivo de algunos instrumentos de cuerda pulsada, y de flautas dulces. Uniendo la acción a la exhibición, los musicólogos involucrados muestran también, con tristes ejemplos, los efectos devastadores que el descuido, la indiferencia y el tiempo tienen sobre los instrumentos musicales. Ante estas muestras, no deja de ser admirable el buen estado de conservación de muchos de los instrumentos exhibidos en Chapultepec, instrumentos que reunidos en un solo lugar nos hablan de un duro trabajo de localización y obtención. Nuevamente, habla José Antonio Guzmán:

“Existe a este respecto un antecedente que quisiera mencionar. En 1974, cuando me recibí de clavecinista, parte de mi tesis fue una investigación sobre los instrumentos musicales en México. Parte del resultado de esta investigación fue una exhibición de instrumentos musicales que se realizó en la Sala Orozco y Berra del Castillo de Chapultepec, y aunque se han hecho otras exhibiciones similares, creo que esa fue la primera que intentó poner a los instrumentos dentro del marco de su contexto histórico y social. En el proceso de realizar esa tesis, que se enfocaba esencialmente a los clavicordios, los clavecines y los órganos, entré en contacto con varios coleccionistas de cuyos instrumentos hice las respectivas fichas técnicas. Posteriormente, durante mis estudios en Europa, tuve acceso a muchas fuentes de información que aquí no existen, y enfoqué parte de mi trabajo a conectar una secuencia entre los constructores de órganos castellanos, extremeños y andaluces, a los constructores novohispanos. Este material se refiere principalmente a los instrumentos de la época colonial. Respecto a la época prehispánica, el antecedente está en la tesis de doctorado que hice en la Universidad de Amsterdam, cuyo tema era la música en el culto a Huitzilopochtli. Para ello fueron muy útiles los códices, ilustraciones y diversas descripciones que pude consultar en Europa. Todo este material fue una buena base para la planeación y montaje de la exposición en el Castillo de Chapultepec. Hubiéramos querido abarcar un periodo cronológico mayor y llegar hasta el siglo XX, pero esa parte del proyecto quedó en el aire.”

Una segunda visita a la exposición *La música por dentro* permite apreciar que si los instrumentos musicales son los protagonistas, es posible también entrar en contacto con otros materiales: facsímiles de partituras añejas, de carteles alusivos a la música, grabados, textos, opiniones críticas, completan las fichas museográficas elaboradas por los responsables de la exposición. Entre todo ese material, pueden verse cosas particularmente llamativas, como un método de guitarra séptima debido a Don José Guarro, o un cartel en el que se anuncia una gran variedad de mandolinas, cuyo costo va de 6 a 200 pesos. Considerando además que una exposición de este tipo debe ser obligatoriamente selectiva, ante la imposibilidad de trazar las genealogías de todos los instrumentos exhibidos, se ofrece al público una muy interesante



genealogía de la guitarra, instrumento de vital importancia en nuestra música popular, que va desde los antiguos instrumentos monocordes que se tocaban con arco, hasta la versión común de la guitarra sexta de nuestros días. Y si hemos de creer a quienes afirman que en esto de la música una melodía vale más que mil vitrinas, *La música por dentro* se ocupa también de ese aspecto. Al recorrer la exposición, el visitante oye a través de un sistema de sonido una grabación realizada *ex-profeso* por José Antonio Guzmán y Joaquín López, en la que se escucha material musical relativo a lo mostrado en la exposición: música indígena, la música europea que influyó en la Nueva España, diversas facetas de la música popular mexicana en varias épocas. De ese modo, se da un paso más hacia la integración de una percepción global de lo exhibido. La reacción del público a esta proposición musical ha sido calibrada por José Antonio Guzmán:

“He detectado un gran interés en la exposición en el público que va a Chapultepec. En particular, el hecho de que exista una pista musical capta mucho la atención; el instrumento musical ya no es sólo un objeto de mayor o menor belleza plástica, sino que es un objeto vivo que produce determinados sonidos. Esto es un incentivo indudable, y sobre todo durante los fines de semana, la exhibición ha tenido mucho público. De hecho, la mayor parte de la gente que va al Castillo de Chapultepec, visita la exposición. En particular en el caso de algunos de mis alumnos de música, que ya tienen una formación especializada, la exposición ha sido muy útil para ellos. No hay en México una escuela de música o un conservatorio que tenga un museo de instrumentos musicales. Así, puedo hablar a mis alumnos de la tromba marina y mostrarles

un grabado, pero no es lo mismo eso que oír el sonido del instrumento.”

Y del mismo modo que no existe la museografía musical en México, tampoco existe una infraestructura que permita la construcción de clarinetes, trompetas, vibráfonos o sintetizadores. La construcción de instrumentos en México no va más allá del trabajo artesanal. ¿Cómo interpreta José Antonio Guzmán esta situación?

“Yo me confieso pesimista al respecto. La gran tradición organológica mexicana nos remite solamente al plano artesanal, porque no existe aquí una tradición de tipo industrial. Esa planta industrial permite que los instrumentos hechos en Europa, el Japón o los Estados Unidos tengan un costo competitivo, lo cual aquí sería impensable. Veo muy lejana la llegada del día en que podamos construir aquí instrumentos de teclado, maderas, metales, como en otras partes del mundo. Y veo más lejano el día en que tales instrumentos pudieran competir en el mercado. A precios similares, es indudable que los instrumentistas elegirían el instrumento importado sobre el mexicano. Por ello creo que la clave está en recuperar la gran tradición artesanal que sí existe en México en el campo de la construcción de instrumentos. Y no sólo en tiempos remotos, sino en nuestro propio tiempo. Cito por ejemplo el caso de Martín Seidel cuyos clavecines tienen una reputación tal, que solistas de la talla de Rafael Puyana, pudiendo adquirir cualquier clavecín europeo, han solicitado al artesano la construcción de un instrumento. Ello habla bien de la calidad de diseño y la respuesta sonora de los clavecines de Martín Seidel. Es ahí donde veo el futuro de la construcción de instrumentos musicales en México, en lo artesanal. Porque en lo industrial no se ve cómo pueda llegarse a lograr algo positivo. Así, con el rescate de los talleres musicales en los pueblos y la recuperación de la tradición instrumental, podría incluso llegarse a un público mayor. Estoy seguro que en ello influiría la tendencia europea moderna de interpretar la música antigua en instrumentos originales o copias fieles de ellos.”

Así pues, lo visto y oído en la exposición *La música por dentro* y lo dicho por José Antonio Guzmán, puede quizá resumirse en una frase escrita en una de las fichas museográficas de la exhibición: “Es compromiso del presente conservar herencias que a la vez son patrimonio del mundo.” ♦